

de colinas que se destacaba del monte y corría derecha al mar en dirección del Norte: mas allá, la bella rada abierta de Massaúa, azul, tranquila, reflejando en sus aguas la línea blanca de la ciudad y las espe-

sas *choras* de las dos islas Tauallhut y Chekh-Said; llámase no sé por qué en algunos mapas la primera *isla de los franceses*, que sirve de cementerio cristiano desde la muerte del doctor Hemprich, que fue en-



Aguadora.

terrado allí en 1825. La elegante curva de la bahía terminaba en Arkiko, antigua capital de toda la comarca y residencia patrimonial de los naib, quienes á consecuencia de disgustos la abandonaron yendo á instalarse á Ailat.

En 1846, el gobernador de Massaúa tenía un crédito de un centenar de talaris contra el naib de Arkiko, y no podía hacerlo efectivo. Esto podía perdonarse en cierto modo; lo que no era perdonable era

el insolente orgullo con que aquellos príncipes indígenas trataban á las autoridades de Massaúa. Un día el irascible naib Hassan dijo en pleno divan delante del gobernador; Hassan reina aquí como el sultan en Stambul y el virey en Masr. Al menor disgusto el Naib prohibía á sus súbditos llevar agua y víveres á la ciudad. Falto ya de paciencia el gobernador envió sus arnautas y quemaron á Arkiko, apresando luego los cañones turcos que hacían el ornamento del divan

de los naib. Después de algunos meses fue reedificado lentamente, pero con aumento de un fuerte donde el gobernador turco puso una guarnición.

Los naib eran príncipes singulares: tenían un pie en Abisinia donde poseían y poseen aun diez y siete pueblos, de cuyo señorío feudal les invistieron los antiguos negos: en Arkiko y Massaúa son vasallos de la Puerta. Puede leerse en Bruce la risible ansiedad del naib de entonces, á quien el virey del Tigris y el gobernador de Djada reclamaban á la vez el juramento y la alianza. El de 1846 fué á dar su queja á Ubié, virey del Tigris, y éste invitó al kaimakan á restablecer las cosas á su antiguo estado. El kaimakan se desahogó con palabras injuriosas, amenazó castigar al sultan de los *ghiaur*, y continuaba aun amenazando y maldiciendo, cuando el 7 de enero de 1849 toda la población beduina de Monkullo, Zaggá y Amatreh corrió desenfrenada hácia la ciudad donde entró al grito de «¡El *kostan ghia!* ¡Aquí los cristianos!»

Era el ejército abisinio, conducido por Belatta Kokobié, uno de los generales de Uvié, y compuesto de quince ó veinte mil combatientes, que señalaron su paso con las devastaciones mas espantosas. Monkullo fue saqueado; Mr. Degoutin, sitiado en su casa, capituló y fue escoltado por los abisinios hasta las puertas de Massaúa. La guarnición de Arkiko fue acuchillada y perseguida hasta el pie de su fortín. El pueblo, cuyos seis mil habitantes habían crecido súbitamente á quince mil, moría de hambre, y á sucumbir iba infaliblemente á manos de aquellos invasores, cuando Kokobié reunió sus ginetes y se dirigió contra los bogos. Los abisinios que se habían aislado, eran víctimas de su imprevisión y el hambre los empujaba hácia el Norte.

De cualquier manera, la lección no fue perdida. Las autoridades de Massaúa, convencidas de que el nego tomará la ciudad cuando á bien lo tenga, le demuestran un respeto que esplica perfectamente el desden con que aquel las mira. A pesar del firman de la Puerta que prohíbe la esportación de armas y municiones de guerra, sobre todo para la Abisinia, Teodoro envía sin ningún misterio sus gentes á comprar pólvora á Massaúa. Cuando Mr. Barroni murió en Abisinia, el Nego envió á Massaúa un mensajero encargado de declarar que él (Teodoro) era el legatario universal del difunto, y de reclamar las mercancías, especialmente la pólvora y fusiles depositados en sus almacenes. Llevado y traído de uno á otro, el mensajero se dirigió á mí, y en su virtud tuvo por mas acertado volver á Gondar con las manos vacías.

Prosigo describiendo el panorama de Ghedem. A la derecha la vista se estendía mas allá de la bahía célebre de Adulis hasta una larga península compuesta de pequeñas mesetas bajas y llamada *Buri*: los

mapas ingleses la llaman Hurtoo, nombre que yo no conozco y que recuerda tal vez el de los hazortas; tribu de Danakil dispersa en esta península y desde aquí al pie de los montes abisinios.

Pero lo que atraía principalmente mi atención era, á la estremidad Noroeste de Buri, una larga y estrecha isla compuesta de doce ó quince cimas volcánicas que contrastaba vigorosamente por su estructura con las costas planas y madreporicas inmediatas. Esta isla no es otra que Dessi, la Disée de los mapas ingleses, ya señalada desde hace sesenta años por Salt que le dió el nombre de su protector lord Valentia. En 1859, Mr. de Russel, encargado de negociar un tratado con el jefe del Tigris, Negusié, se sorprendió de la importancia de Dessi, verdadera llave de todo este mar, susceptible de gran fortificación y estratégicamente muy superior al islote aplastado y árido de Massaúa.

Dessi, en efecto, tiene buenas aguas, pastos suficientes para quinientas ó seiscientas cabezas de ganado, y tres radas bien abrigadas, que á favor de algunas obras pudiera ser excelente puerto. Negusié ofreció sinceramente á Francia en 1859 las islas de Dessi y Adulis. La Puerta reclamó tímidamente, en virtud de no sé qué pretensiones, sobre todo el litoral hasta el Bab-el-Mandeb; pero estas pretensiones, (infinitamente peor establecidas que las que tenía sobre Perim y que Inglaterra no ha tenido en cuenta) se hicieron muy modestas en presencia del pabellón francés, y mas tarde la presencia del *Somme* en los mismos parajes las redujo instantáneamente al silencio. Para mayor seguridad, Mr. Gilbert, vice-cónsul de Francia en Massaúa, fué á Buri, vió á los jefes de los hazortas, á quienes pertenece Dessi, y les preguntó si efectivamente eran vasallos de la Puerta. Ellos sostuvieron enérgicamente que no habían reconocido jamás otra soberanía que la de Abisinia. Después Obok reclamó la atención, y Dessi y Adulis fueron momentáneamente olvidados, como la rada de Edd entre Massaúa y Perim.

Edd fue comprada veinte años há por una compañía francesa á un príncipe indígena. Un pariente del vendedor, ausente á la sazón, furioso por no haber sido consultado, sublevó al populacho contra el príncipe y lo descuartizaron. Resta averiguar si el vendedor tenía aptitud para tratar, lo que es mas que probable, y si la casa francesa que ha adquirido los derechos de la compañía nanto-bordelesa, no tiene fundamento legal para reclamar los beneficios del contrato. No hay que ocuparse en la cuestión de feudalidad, á lo menos en lo que concierne á la Puerta que jamás ha ocupado este punto. Respecto á los naib, sus derechos son de los mas dudosos, pues no se apoyan mas que en un acto de bandolerismo cometido hácia 1800. En aquella época, el naib de Arkiko, in-

cómo de ver que las caravanas del centro de la Abisinia se dirigian á Edd al través del país de los danakil, hizo inopinadamente una razzia sobre aquel pueblo inofensivo, y lo saqueó. Los jefes de Edd hu-

bieron de jurar sobre el Koran no recibir mas caravanas, para prevenir una destruccion total. Verdad es que entonces ninguna potencia europea tenia representante en Massaúa, y que la fuerza bruta y ciega



Faki.

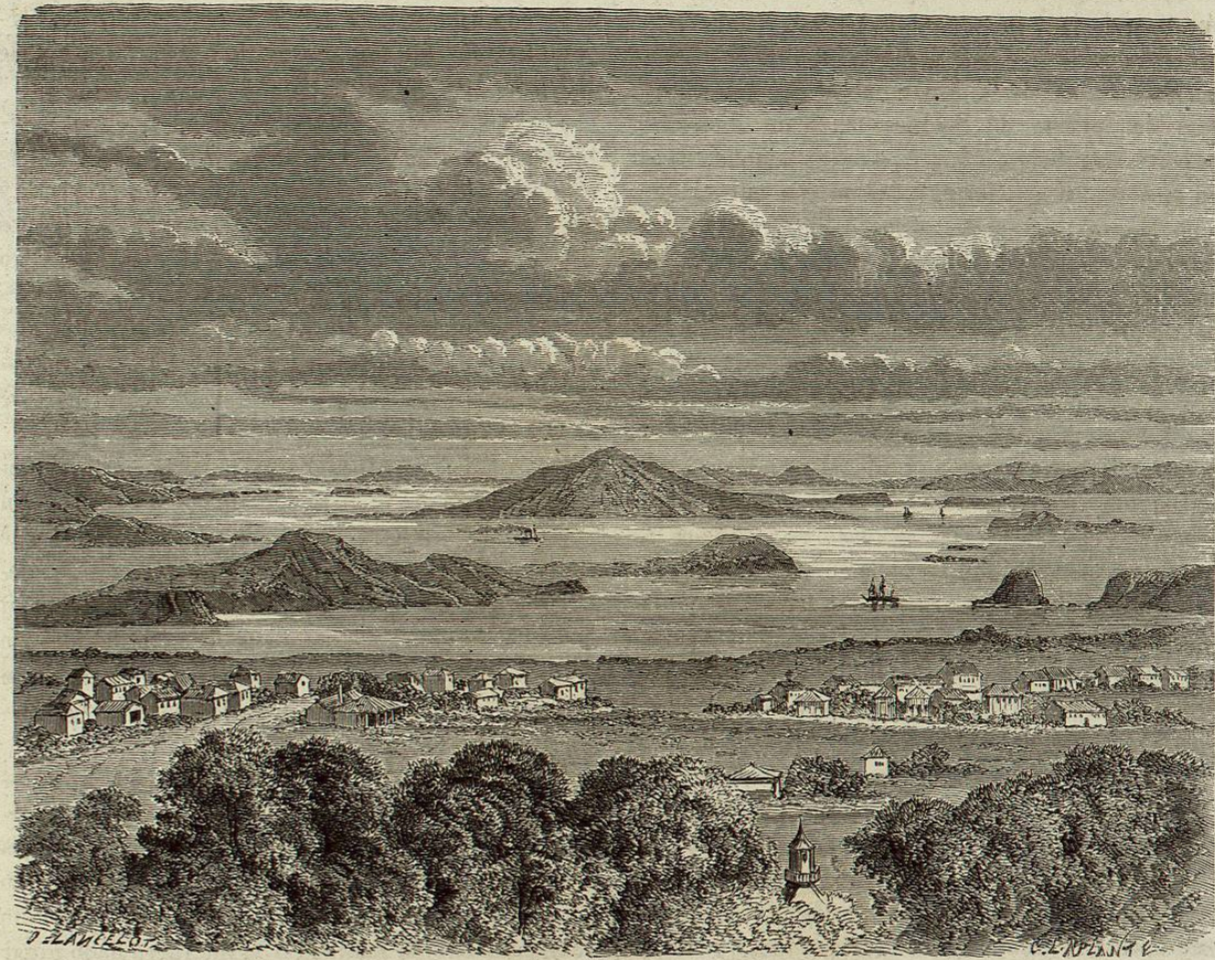
ahogaba la autonomía de los pequeños. Pero ¿se ha de perpetuar entre nosotros semejante estado de cosas?

No es este el lugar de tratar la cuestion política; pero séame á lo menos permitido al concluir este estudio, espresar la esperanza de que Francia no abandonará serias pretensiones que ella sola puede hacer útiles á todos los intereses llamados á influir en estas comarcas. Un personaje muy competente me decia hace pocos dias, precisamente con esta ocasion:

«Lo que constituye un verdadero derecho de ocupacion, no es tal aparicion efimera, ininteligente, estéril, sino un conjunto de servicios prestados, ya al país ocupado, ya á los intereses generales del comercio y de la civilizacion.»

No quiero comentar estas palabras, porque esto conduciria demasiado lejos.

G. LEJEAN.



La abra de Auckland.

VIAJE A LA NUEVA-ZELANDA,

POR M. FERNANDO HOCHSTETTER.

1858-1860.

I.

LA NUEVA-ZELANDA.—LA «NOVARA» Y LA RADA DE AUCKLAND (1).

Cuando á fines de 1858 la fragata austriaca la *Novara* hizo escala en Nueva-Zelanda, siguiendo su viaje alrededor del mundo, un miembro de la comision científica que iba á su bordo, Mr. Fernando Hochstetter, fue encargado por el gobierno colonial

(1) Situado entre los 34° y 48° paralelas Sur, entre los 164° y los 76° de longitud oriental, el archipiélago de la Nueva-Zelanda se eleva en el Océano Pacífico á los mismos antípodas por un arco de círculo, que surgiendo del seno del Atlántico á unas cien leguas al Oeste de Brest, iria á terminar á Marruecos en los alrededores de Fez. Consta de dos islas principales separadas por el estrecho de Kook; al Norte Ika-Na-Mawi ó *Isla del*

de una mision que le permitió permanecer nueve meses en las islas neo-zelandesas. Con la autorizacion del contra-almirante Wullestorf que mandaba la expedicion, dejó á la fragata seguir su derrotero hácia Europa y á la vez que se ocupaba en investigaciones zoológicas, el sabio profesor del instituto de Viena hizo un profundo estudio de la Nueva-Zelanda bajo el aspecto geográfico, físico, botánico, histórico, político, descriptivo y aun literario. Recientemente ha publicado el resultado de sus trabajos en un magni-

pescado, y al Sur Tawai Ponamu, ó tierra de *Jada verde*, nombres indigenas consagrados por las tradiciones míticas de los pueblos polineios. Sin embargo, al Sur de la gran isla meridional, Stewart, que no es mas que una anexa, tiene sin embargo cerca de 500 kilómetros cuadrados de superficie y recibe de lleno en sus ásperos promontorios los vientos y las olas del polo antártico.